MANUEL FERNANDEZ-GALIANO

SÓCRATES Y LOS HOMBRES DE HOY

¿Fue Sócrates un filósofo? Si por filósofo se entiende el que tiene una filosofía, no. Si se entiende el que busca una filosofía, tampoco. Pero fue algo más. Fue, efectivamente, una existencia filosófica, una existencia instalada en un «ethos» filosófico que, en un mundo asfixiado por la vida pública, abre, ante un grupo privado de amigos, el ámbito de una vida intelectual y de una filosofía asentándola sobre nuevas bases y poniéndola en marcha, tal vez sin saber demasiado adónde iba, en una nueva dirección. Son palabras muy conocidas [1] de Xavier Zubiri, quien no sólo es un excelente conocedor e intérprete de la Filosofía griega, según mostró Tovar [2] en un breve ensayo, y no sólo nos ha dado un airoso estandarte de combate para nuestras luchas en pro de las Humanidades [3] con su *no es que los griegos sean nuestros clásicos; es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros,* sino que además puede perfectamente abrir el cortejo de hombres con talante socrático a los que hoy saludaremos: también él, en un mundo asfixiado por la vida pública, abrió, hace ya algunos decenios, el ámbito de la búsqueda de sí mismo y de las cosas ante un grupo privado de amigos. Son palabras que, además, definen perfectamente al viejo filósofo y explican las razones por las que nuestro mundo, a pesar de todo, tiene por fuerza que seguir venerando la memoria de quien nos enseñó el antidogmatismo, la independencia intelectual, la bella siembra de inquietudes buscadoras entre los demás, especialmente entre quienes, más jóvenes que nosotros, tendrán tiempo de ahondar en nuestros esquemas provisionales.

Con lo cual no haremos más que continuar una tradición milenaria. José Antonio Maravall, hace ahora veintitrés años, condensó en un breve artículo [4] toda una preciosa serie de datos sobre esa triple línea de admiradores y aun adoradores de Sócrates que no cesa a lo largo de la Edad Media: la consideración genérica del gran pensador como inmortal maestro de la Filosofía —así ya en Dante, *quivi vid'io Socrate e Platone / che'nnanzi alli altri più preso li stanno,* con referencia, claro está, al único Aristóteles [5], y, por ejemplo, en la *Visión* dantesca de

[1] Zubiri en pág. 205 de «Sócrates y la sabiduría griega», en *Naturaleza, historia, Dios,* Madrid, 1951², 149-218.

[2] Tovar, «Zubiri y los griegos», en *Ensayos y peregrinaciones,* Madrid, 1960, 125-131.

[3] Zubiri en pág. 301 de «El acontecer humano: Grecia y la pervivencia del pasado filosófico», o. c., 295-325.

[4] Maravall, «La estimación de Sócrates y del saber clásico en la Edad Media española», en *Rev. Arch. Bibl. Mus.,* LXIII, 1957, 5-68.

[5] *Inf.,* IV, 134-135.

Alfonso de la Torre, donde Séneca y Sócrates presiden la casa de la Razón—; la incesante lucha en pro de un socratismo cristiano, como lo denomina Gilson, en que representaría un jalón importante san Bernardo con la exhortación al conocimiento de sí mismo; y el respeto inmenso hacia la muerte heroica de Sócrates, que da lugar, ya desde san Justino, a una comparación con Jesús, de que luego hablaré más de una vez, y a las magnificaciones renacentistas que culminan en el *Sancte Socrates, ora pro nobis* de Erasmo y de que es ejemplo nuestro, si no se quiere ir más lejos, el condestable don Pedro de Portugal con su afirmación de que el griego llegó al grado heroico de la virtud, que es la santidad.

Pero esto nos llevaría muy lejos. Gruesos volúmenes requeriría el rastreo de la figura socrática a lo largo del Renacimiento, la época barroca y la Ilustración, y no soy la persona más capacitada para hacerlo, y menos aquí. Me contentaré, sencillamente, para no desairar a esta Sociedad en que tanta ilusión he puesto desde un principio, a espigar descuidadamente, dejándome casi toda la mies en el campo, unos cuantos ejemplos de amor y adhesión a Sócrates, todos de nuestro siglo, casi todos de nuestro país, que me han ido saliendo al paso desordenadamente en mis lecturas y que cualquier amante de las Humanidades de menos edad y con más ocio que yo podría multiplicar por cien o por mil.

Probablemente el paralelo Sócrates-Jesús, prescindiendo aquí de toda consideración teológica, es demasiado fácil y está demasiado manido. En el conocidísimo manual de Jean Brun, por ejemplo, hay un pequeño e inteligente capítulo [6] dedicado a este antiguo tema que, después de Hegel y Marx, han tratado en nuestro siglo, *verbi gratia,* René Schaerer y Deman [7]. Siempre vienen a los puntos de la pluma las mismas similitudes: la condena y muerte injustas, inspiradas por un grupo de presión al que la figura del filósofo o del Dios hecho hombre molesta y perturba; la lucidez y serenidad con que se acepta el destino; la presencia en torno al héroe de un grupo de amigos más bienintencionados que competentes o leales; la posterior historia de la vida y palabras del mártir a cargo de cronistas como Platón, Jenofonte o los evangelistas, etc. Hay algo, sin embargo, que falta en la historia de Sócrates: un Judas. Critón vacila, se extraña, pero no cede; y los discípulos infieles, Alcibíades y Critias, han muerto ya a la hora del proceso.

¿Será quizá Nietzsche, muchos siglos después, el Judas de Sócrates? No exactamente. El filólogo de Basilea y luego filósofo, como ha visto muy bien Dodds [8], se suele situar en actitud ambivalente ante el antiguo maestro. *Está tan cerca de mí* —dice— [9] *que casi siempre estoy peleándome con él.* Por una parte, Nietzsche admira [10] al *viejo médico y plebeyo que sajaba sin misericordia tanto su propia carne como la carne y el corazón del «aristócrata»;* por otra veía en él al funesto paladín de una falsa Ética, destructor del sano y humano elemento dionisíaco de la tragedia, asesinada, en un momento de declive y fatiga espirituales, por la moral, la dialéctica y la jovialidad, llena de suficiencia, del teorizante. Todo esto es —debería ser— agua pasada, y sólo como apasionantes documentos cabe leer hoy los resultados de la polvareda polémica —Rohde, Wilamowitz, Wagner— que se levantó [11] en torno

[6] Brun, *Socrate,* París, 1960, 116-120.
[7] Deman, *Socrate et Jésus,* París, 1944.
[8] Dodds, *Plato. Gorgias,* Oxford, 1959, 387-391.
[9] En pág. 333 de «Wissenschaft und Weisheit im Kampfe», en *Werke in drei Bänden,* ed. Schlechts, III, Munich, 1960², 333-348.
[10] *Más allá del bien y del mal,* traducción española de Sánchez Pascual, Madrid, 1972, 157.
[11] Los escritos están recogidos por Gruender, *Der Streit um Nietzsches «Geburt der Tragödie»,* Hildesheim, 1969.

a *Die Geburt der Tragödie* [12]. Hoy, sin embargo, estamos asistiendo, con cierta estupefacción de algunos, a una vuelta anacrónica de lo nietzscheano. Y, naturalmente, los epígonos van siempre mucho más allá que el creador. Y, si en un trabajo recentísimo español [13] se dice de Sócrates que era un *parlanchín falso e inaguantable,* que *nunca tuvo la fuerza de la escritura* y que *ni aun pudo morir en silencio y soledad,* no cabe sentir rabia, sino pena. Nietzsche, aunque discrepara de Sócrates, aunque le odiara —y no le odiaba—, evidentemente sí que le entendía. Entre otras cosas, porque sabía griego [14].

Pero pongámonos serios otra vez. Más de dos y de tres veces he hablado ya en mis trabajos [15], y por eso no voy a hacerlo aquí, de la enorme decadencia de los estudios clásicos en nuestro país a fines del siglo XIX. En 1901 ha muerto ya Angel Ganivet, que pudo haber sido buen helenista [16]; está muy anciano don Juan Valera, que hace tiempo cambió sus veleidades humanísticas por la Literatura y la buena vida [17]; don Marcelino, que había empezado su carrera académica con una tesis sobre la novela latina, se encuentra ya metido de lleno en lo español [18]; y Unamuno,

---

[12] *El nacimiento de la tragedia,* traducción española de Sánchez Pascual, Madrid, 1973.

[13] Fernández-Flórez en pág. 77 de «De una fría impiedad», en págs. 65-100 del libro colectivo *En favor de Nietzsche,* Madrid, 1972.

[14] Cfr. Díez del Corral, *La función del mito clásico en la Literatura contemporánea,* Madrid, 1957, 186-194; Gutiérrez Girardot, *Nietzsche y la Filología clásica,* Buenos Aires, 1966; Fernández-Galiano, «Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff y la Filología clásica de su tiempo», en *Est. Cl.,* XIII, 1969, 25-57, y «Platón, hoy», *ibíd.,* XVI, 1972, 269-291; Rodríguez Adrados, «Nietzsche y el concepto de la Filología clásica», en *Habis,* I, 1970, 87-105.

[15] Cfr. especialmente, Fernández-Galiano, «Humanismo y Literatura en el siglo XIX español», en págs. 31-65 del libro colectivo *Humanismo español en el siglo XIX,* Madrid, 1977.

[16] Cfr. Aguirre, «Ganivet, bibliotecario», en *Rev. Arch. Bibl. Mus.,* XXVI, 1925, 323-333; Fernández Almagro, *Vida de Angel Ganivet,* Madrid, 1952; Láscaris-Comneno, «El pensamiento filosófico de Ángel Ganivet», en *Rev. Univ. Buen. Air.,* XLVIII, 1952, 453-533; M. F. G., «Sobre Unamuno y Ganivet», en *Est. Cl.,* VIII, 1964, 264-266; Durán, «Ganivet y el senequismo hispánico», en *Insula,* núms. 228-229, noviembre-diciembre 1965; Gallego Morell, *Angel Ganivet, el excéntrico del 98,* Granada, 1965; Garagorri, «Ganivet y el mundo antiguo», en *Revista Occ.,* III, 1965, 410-415; Herrero, «Ángel Ganivet, humanista y místico», en *Revista de Occidente,* III, 1965, 342-355; Laffranque, «Ángel Ganivet y el ocaso de la Filosofía greco-romana», en *Insula,* l.c.; Olmedo, *El pensamiento de Ganivet,* Madrid, 1965; Fernández Almagro, «Ángel Ganivet en su galería de espejos», en *Atlántida,* IV, 1966, 38-56; Fernández-Galiano, «En el centenario de Ángel Ganivet», en *Est. Cl.,* X, 1966, 214-219; Herrero, *Ángel Ganivet; un iluminado,* Madrid, 1966; Ricard, «Ganivet, philosophe cynique», en *Les Lang. Néo-Lat.,* IX, 1966, 4-14; Carrasco, *Ganivet,* Madrid, 1971; Gallego Morell, *Estudios y textos ganivetianos,* Madrid, 1971.

[17] Cfr., entre tanto como podría citarse, Gómez de Baquero, «Valera, humanista», en *De Gallardo a Unamuno,* Madrid, 1926, 75-100; Pérez Rioja, «El aticismo de don Juan Valera», en *La opinión,* 27-VI-1951; Bravo Villasante, *Biografía de don Juan Valera,* Barcelona, 1959; Macías, *El mundo helénico de don Juan Valera,* mem. Lic., Madrid, 1961, y *El humanismo en don Juan Valera,* tesis doct., Madrid, 1967.

[18] Cfr., y también aquí la bibliografía es mucho mayor, Abad Puente, «La cultura greco-latina en la formación y en las obras de D. Marcelino Menéndez Pelayo», en *Razón y Fe,* XXXVIII, 1914, 33-41 y 413-427; Artigas, «"Séneca". Fragmento dramático de D. Marcelino Menéndez y Pelayo», en *Bol. Bibl. Men. Pel.,* IV, 1922, 1-10; Cayuela, *Menéndez Pelayo, orientador de la cultura española,* Zaragoza, 1939; Laín Entralgo, *Menéndez Pelayo,* Buenos Aires, 1952; Lasso de la Vega, «Menéndez Pelayo y la Filología clásica», en *Est. Cl.,* III, 1955-1956, 325-358; *Actas del I Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1958, 1-33; y el libro colectivo *El mundo clásico en el pensamiento español contemporáneo,* Madrid, 1960, 9-43; Alonso, *Menéndez Pelayo, crítico literario. Las palinodias de D. Marcelino,* Madrid, 1956; Fernández-Galiano, «Menéndez Pelayo y los estudios clásicos», en *Arbor,* XXXIV, 1956, 384-409; Hernández Vista, «La Antigüedad clásica en Menéndez Pelayo», en el libro colectivo *Homenaje a Menéndez Pelayo,* Madrid, 1956, 31-39; *El mundo clásico visto por Menéndez Pelayo,* Madrid,

catedrático reciente de griego al que pronto abordaremos, se niega rotundamente a embarcarse en otras tareas que no sean la regeneración moral de España después de la tremenda derrota. El panorama, pues, no puede ser más negro en cuanto a los estudios clásicos, y no es raro que hombres como Leopoldo Alas, *Clarín,* presenten en sus escritos pocas huellas de formación grecolatina. No obstante, dicho año, el de su muerte, presencia la aparición en Barcelona de un libro de cuentos titulado *El gallo de Sócrates,* con nombre tomado a una de sus breves narraciones. Hoy podemos manejar cómodamente esta última, la que aquí nos importa, gracias a la edición de *Cuentos escogidos* de G. G. Brown [19], cuya introducción resulta muy útil en varios aspectos.

Es obra extremadamente discutida —*has been all things to all people,* anota Brown— y negativa, en que se explaya amargamente lo que pudiéramos llamar torturado unamunismo de Alas, inestable en su ideario, krausista y antikrausista a un tiempo, anticlerical y vagamente deísta, satirizador implacable de los científicos y creyente en la verdadera ciencia. Aquí demuestra conocer bastante bien el tema socrático aunque, como siempre ocurre en aquella época, con noticias de segunda mano: su alusión a *Esculapio, o sea Asclepies* es señal indeleble de mediación francesa. Pero tiene razón en cuanto a la incomprensibilidad de aquellas últimas palabras famosísimas del *Fedón,* sobre las que tanta tinta ha corrido y que aún no entendemos los modernos [20]. Ni puede ser, como vio bien Wilanowitz [21], que Sócrates quiera dar gracias a Asclepio por haberle librado de la vida —*das Leben ist keine Krankheit, und Asklepios heilt kein Übel der Seele*—; ni, menos todavía, que el filósofo agradezca el haber dejado este vivir sin dolor, sin la horrible agonía de Cristo; ni convence a nadie el hecho de que, sin precisar más, Platón anote aquí el encargo que el moribundo, no queriendo morir con deudas pendientes, da a su fiel Critón para que cumpla tal o cual promesa medio olvidada. El gallo de Clarín habla con precisión y lucidez; en la duda hay que optar por la tesis que no cueste sangre ni ocasione matanzas de inocentes; quizá Sócrates hablaba con alguna ironía incomprensible; pero el pobre Critón es como todos los discípulos del mundo, una larva alicorta que se dedicará en lo futuro a interpretar mal al maestro. Además el gallo pertenece al corral del orador y sofista Gorgias, igualmente despreciable, porque, a fuerza de querer probar todo, no prueba nada. *El que demuestra toda la*

1956; Millare , «Algunas observaciones sobre Menéndez Pelayo y las Letras clásicas», en *La Montaña,* X, 1956, 18-19; Oroz, «Don Marcelino Menéndez Pelayo y la poesía latina», en *An. Univ. Chile,* CXIV, 1956, 7-25; Ruiz de Elvira, «D. Marcelino y la Filología clásica», en *An. Univ. Murc. Fac. Filos. Letr.,* XVII, 1958-1959, 3.º-4.º tr., 133-139; Sánchez Reyes, *Don Marcelino. Biografía del último de nuestros humanistas,* Santander, 1956; Muñoz Cortés, «El humanismo de Menéndez Pelayo desde la perspectiva de la Filología moderna», en *An. Univ. Murc. Fac. Filos. Letr.,* XV, 1956-1957, 3.º tr., 493-519; Pabón, *Menéndez Pelayo y la poesía clásica,* Madrid, 1957; Soler, *Don Marcelino Menéndez Pelayo, traductor de los autores griegos y latinos,* mem. Lic., Madrid, 1958; Andoín, *Un e pañol ejemplar como humanista y como hombre,* Valladolid, 1959; Herrero, *Menéndez Pelayo, humanista,* Cuenca, 1961; Lázaro Carreter, *Vida y obras de Menéndez Pelayo,* Salamanca, 1962; Laín Entralgo, «Menéndez Pelayo y el mundo clásiso», en *Cuad. Fund. Past.,* VII, 1963, 11-38; Hernández Vista, «Los escritores hispanorromanos: prejuicio y juicio estético de Menéndez Pelayo», en *Rev. Lit.,* XXVI, 1964, 5-33; Aguilera, «Un artículo inédito de Menéndez Pelayo y algunas consideraciones sobre su "Biblioteca de traductores españoles"», en *Homenaje al profesor Alarcos García. II. Colaboración,* Valladolid, 1965-1967, 123-150; d'Ors, «Cuatro precursores de la ciencia de nuestro tiempo», en *Nuestro Tiempo,* núms 241-242, julio-agosto, 1974, 9-26; Sánchez Reyes, *Biografía de Menéndez Pelayo,* Madrid, 1974; Sáinz Rodríguez, *Menéndez Pelayo, ese desconocido,* Madrid, 1975.

[19] *Cuentos escogidos,* ed. e intr. de Brown, Oxford, 1964 (el nuestro está en las págs. 222-226).

[20] Cfr., p. ej., Hackforth, *Plato's Phaedo,* Cambridge, 1955, 190, n. 2.

[21] Wilamowitz, *Platon,* Berlín, 1962³, 57.

vida, la deja hueca... reducir el mundo a una ecuación es dejarlo sin pies ni cabeza.

Pero todo es inútil. Critón es un fanático, un dogmático y encima un hipócrita. Su *conciencia natural* le aconsejaba no matar al inocente gallo, pero, desde que éste se ha posado en la cabeza de Atenea, sus escrúpulos están ya tranquilos: ahora sí merece la muerte, porque es un sacrílego. Vuelven a asomar las viejas sombras de los vetustianos canónigos de *La regenta. Sócrates no creía en Esculapio ni era capaz de matar una mosca, y menos un gallo, por seguirle el humor al vulgo.* Sócrates era erasmianamente el *santo de la filosofía.* Critón es *símbolo de la triste humanidad sectaria.* Naturalmente, el gallo morirá con estoico humorismo. Su sangre resbala *por la frente de jaspe de Palas Atenea.* ¿Carga aquí clarividentemente *Clarín* el asesinato de Sócrates sobre la ciudad entera que le maltrató? Nunca lo sabremos [22].

¿Es o no es filósofo, en sentido riguroso, don Miguel de Unamuno? Es pregunta de Cruz Hernández [23], en el artículo de los *Cuadernos* de Salamanca publicado en 1952, que recuerda a la de Zubiri con que empezaron estas palabras. Y contesta: *Desde el punto de vista de la temática hay... un indudable contenido filosófico... Pero hay siempre algo que se resiste a que consideremos a Unamuno como simple filósofo. Su personalidad es tan grande que a él mismo empezaría por molestarle el título. Pero ¿qué sería Unamuno si no es filósofo? Un gran engendrador de filosofía.* Resulta, pues, bien explicable que el trabajo se llame *La misión socrática de don Miguel de Unamuno* y que en él se haga referencia a otras identificaciones del gran pensador español con Sócrates. El padre Oromí, por ejemplo [24], o García Blanco [25]. Y, en menor grado, Julián Marías. También éste opina [26] que la obra unamuniana *no es filosofía en sentido riguroso,* aunque sí se da en él el problematismo filosófico; pero el paso obvio en relación con el viejo maestro tan sólo aparece, a lo largo de su libro sobre Unamuno, en una frasecilla encubierta, pero significativa, cuando describe a Kierkegaard, el modelo en tantas cosas de don Miguel, *en Copenhague, angustiado e irónico, paseando por las calles y plazas brumosas como otro Sócrates nórdico* [27].

Existe, pues, un evidente socratismo unamuniano Y lo de menos son las referencias en su obra al filósofo griego. En un artículo de 1923 [28] le llama *maestro de la ironía y debelador de los dogmatismos,* para añadir *que de él arranca la filosofía crítica, es decir, la filosofía, la flor del saber;* en el famoso *La Grecia de Carrillo* [29] caracteriza en Sócrates la pasión del cazador de la verdad, consumido por el *loco amor de jugar a la inteligencia;* por *Amor y pedagogía* anda haciendo de las suyas un socrático demonio familiar al que vemos aparecer también encarnado en el ciego de Robliza e inspirando cantares charros al sabio don Luis Maldonado [30].

---

[22] Apenas contiene nada útil el trabajo de la señorita Reiss, «Valoración artística de las narraciones breves de Leopoldo Alas, "Clarín", desde los puntos de vista estético, técnico y temático», en *Archivum,* V, 1955, 77-126 y 256-303.

[23] Cruz Hernández, «La misión socrática de don Miguel de Unamuno», en *Cuad. Cát. Mig. Unam.*, III, 1952, 41-54.

[24] Oromí, *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno,* Madrid, 1943, 11.

[25] García Blanco, «El mundo clásico de Miguel de Unamuno», en págs. 45-89 del libro colectivo c. en n. 18; *En torno a Unamuno,* Madrid, 1965, 111, 122, 127-128, 136, 251, 300, 505.

[26] Marías, *Miguel de Unamuno,* ed. Buenos Aires, 1950, 211.

[27] Marías, *ibíd.,* 25; Uscatescu, «Kierkegaard e Unamuno o l'interiorità segreta», en *Città di Vita,* núm. 5, septiembre-octubre 1978, 347-362, ha planteado atractivamente el problema de las relaciones Sócrates-Kierkegaard-Nietzsche-Unamuno, *che mai sono state troppo chiare.*

[28] «A los treinta y dos años», en *El Liberal,* 3-X-1923 (*O. C.,* X, Madrid, 1972, 563-565).

[29] «La Grecia de Carrillo», en *La Nación,* 2-III-1909 (*O. C.,* III, 1968, 515-519).

[30] García Blanco, *ob. cit.,* 136.

Pero no es eso todo. Los rasgos socráticos de Unamuno, intencionadamente buscados o no, son infinitos. Miguel Cruz los recoge y cualquiera de ustedes podría enumerarlos a coro conmigo. La figura extravagante, el singular modo de vestir, la frecuente ausencia —¡entonces!— de corbata, las pajaritas de papel. Su repugnancia a la erudición, al menos en lo que toca a su asignatura helénica. Sus raras novelas que son nivolas. Y su conversación, su eterna tertulia en la calle, en la plaza, en los cafés, en el campo, siempre rodeado de ávidos oyentes. Con su postura tenaz e invariablemente crítica de los regímenes políticos. De todos son sabidas sus pugnas con la dictadura, sus destierros en Fuerteventura y Hendaya, su añoranza de la patria. Después vino el desencanto con la república. Yo, casi un niño en la primavera de 1936, aparezco con otros —Camón, Muñoz Cortés, Emilio Lorenzo; Alonso Zamora, que luego lo contó [31] por escrito —en el famoso grupo fotográfico para el cual, tras echar pestes del Gobierno de entonces, Unamuno, al pie de la estatua de fray Luis, adoptó la postura de éste, con las manos bajas en son de paz, no alzadas con la palma abierta o el puño cerrado. Luego vino la tragedia final, el incidente del paraninfo. Y otra vez, como Sócrates en el párrafo hermosísimo de que luego hablaremos, *yo me fui tranquilamente a casa.* En este caso, para no salir prácticamente más de ella.

Y aún rastrearía yo, y podría llegar a más precisiones quien se atuviera, más que a sus libros, a la fértil escuela de su conversación, elementos filosóficos en su ideario que personas más competentes que la mía han definido bien. Lo que tantas veces se ha llamado su existencialismo *avant la lettre,* presidido por la conciencia socraticísima, perdóneseme la palabreja, de la propia limitación, tal como aparece en *Del sentimiento trágico de la vida;* el irse adentrando en sí mismo [32] y ahondando en sí mismo hasta descubrir *tu propia inanidad, que no eres todo lo que no eres, que no eres lo que quisieras ser, que no eres, en fin, más que nonada* —¡aquella búsqueda del yo en el brocal del pozo de san Esteban!—; la propia postura ante el hecho religioso [33], donde el hermoso correr el riesgo del *Fedón* [34] encuentra eco de cierta manera en un no creer con afán de creer (y aquí viene otra vislumbre socrática, pero no de Unamuno, sino de Antonio Machado [35], que le objeta, en una carta desde Baeza, lo poco satisfactoria que sería para él una futura vida como la que prevé Sócrates para sí, la eterna discusión sobre Filosofía); e incluso el drama, paralelo en el griego y en nuestro contemporáneo, del que Cruz [36] y Tovar [37] han tratado. Ni Sócrates ni Unamuno tuvieron discípulos en sentido estricto; lo cual resulta lógico, porque, al ser ejemplares humanos irrepetibles, no podían tenerlos [38].

---

[31] Zamora, «Un recuerdo de don Miguel de Unamuno», en *Cuad. Cát. Mig. Unam.,* VIII, 1958, 5-8 (pero la excursión no fue a primeros de julio de 1936, sino bastante antes, en primavera).

[32] Cfr. Marías, *ob. cit.,* 191.

[33] Cfr. Marías, *ob. cit.,* 196; pero, en cambio, con una paradoja típicamente unamuniana, en la carta del 24-VII-1909 a Pedro Corominas (cfr. García Blanco, o. c., 129) se nos dice: *Acayo de leer la «Psyche» de Roche, un estudio sobre la creencia en la inmortalidad entre los griegos antiguos. Y este curso pasado volví a traducir en clase el «Fedón» platónico. Esa inmortalidad en el obrar más que en el ser me deja frío. Yo en esto, ya lo sabe usted, soy materialista. Siento eso de la inmortalidad como el vulgo católico más vulgo. Me horroriza perder e te yo concreto o consciente.*

[34] Plat. *Fed.,* 114 *d.*

[35] Carta del 21-III-1915 (cfr. García Blanco, *ob. cit.,* 250-251).

[36] Cruz Hernández, *ob. cit.,* 52.

[37] Tovar, *Vida de Sócrates,* Madrid, 1966³, 424-427.

[38] Cfr., de entre la enorme bibliografía, Rabanal, *El atractivo de las Sirenas. Revisión parcial de un mito griego,* Santiago, 1943; «Unamuno y Homero. La gran profundidad de sus co-

Y ahora, inevitablemente, Ortega. Un artículo fundamental de Luis Díez del Corral[39] nos dejó boquiabiertos a muchos con la noticia de que en 1905 el futuro gran maestro, según comunica en apasionadas cartas a Francisco Navarro Ledesma, estuvo absolutamente decidido, *con un ardor petrarquesco,* a dedicarse al griego y al latín, incluso con la idea concreta de opositar a la cátedra de la segunda lengua en el Instituto de San Isidro. El entusiasmo, sin embargo, duró poco y hoy el nombre de don José es uno más que añadir a la desesperanzadora lista de helenistas y latinistas fallidos que antes di y que resulta evidente demostración del poco ambiente con que en España contaban estos estudios. Y la futura posición orteguiana resulta, claro está, muy distinta, para bien o para mal, de lo que hubiera sido en caso de profesionalización clásica: tal nos muestran otro trabajo no menos interesante del propio Díez del Corral[40] y, recientemente, la acertada síntesis[41] de una antigua y buena alumna mía que fue, Elisa Ruiz de Sito Alba. Ya no cabe por

---

nocimientos helénicos», en *El Español,* 30-XII-1944; Azaola, «El humanismo en el pensamiento de Miguel de Unamuno», en *Bol. R. Soc. Vasc. Am. P.,* IV, 1948, 211-234; Olaechea, «El mito de Fedra al hilo del tiempo», en *Humanidades,* IX, 1957, 175-192; Caillois, *Unamuno et la Grèce,* tes. doct., París, 1958; Fabian, «Action and Idea in "Amor y pedagogía" and "Prometeo"», en *Hisp. Connect.,* XLI, 1958, 30-34; Ansón, «Fedra, entre Séneca y Unamuno», en *ABC,* 3-VIII-1959; Serrano Poncela, «Unamuno y los clásicos», en *La Torre,* XXXV-XXXVI, 1961, 505-535; Rabanal, «Cuando la Hélade pasaba por Salamanca. Unamuno y algunos mitos griegos», en *ABC,* 13-IX-1962; M. F. G., «¿Cómo enseñaba griego Unamuno?», en *Est. Cl.,* VII, 1962-1963, 391; Camón Aznar, «Unamuno, profesor», en *ABC,* 27-IX-1964; Rabanal, «Unamuno y el "camello por el ojo de una aguja"», en *ABC,* 13-XII-1964; Salcedo, *Vida de don Miguel de Unamuno en su tiempo, en su España, en su Salamanca. Un hombre en lucha con su leyenda,* Salamanca, 1964; M. F. G., 1. c. en n. 16; Alejandro, «Evocación de Unamuno. Humanismo, quijotismo, angustia», en *Humanidades,* XVII, 1965, 50-76; Fernández-Galiano, «Más textos sobre Unamuno, helenista», en *Est. Cl.,* IX, 1965, 289-298; «El camello y el ojo de la aguja», *ibíd.,* 298; «Kazantzakis, Juan Ramón y Unamuno», *ibíd.,* 303; Moralejo, «Don Miguel de Unamuno, profesor de Griego y de Historia de la Lengua Castellana: impresiones y recuerdos de un alumno», en *Homenaje al profesor Alarcos García. II. Colaboración,* Valladolid, 1965-1967, 329-352; Fernández-Galiano, «Una vez más sobre Unamuno, helenista», en *Est. Cl.,* X, 1966, 219-221; Robledo, *El mundo clásico en el pensamiento español contemporáneo,* tesis doctoral, Madrid, 1966; Bejarano, «Unamuno, lector de Lucano», en *Bol. Inst. Est. Hel.,* III, 1969, 43-49; Lasso de la Vega, «"Fedra" de Unamuno», en *De Sófocles a Brecht,* Madrid, 1970, 205-248; Gómez Carrillo, «Una súplica a Unamuno», reimpreso en *ABC,* 15-IX-1972; Alonso, «Así era Unamuno en clase», en *ABC,* 14-II-1973; García Viñó, «La "Fedra" de Unamuno», en *Arbor,* LXXXV, 1973, 443-451; Palomo, «Símbolo y mito en el teatro de Unamuno», en el libro colectivo *El teatro y su crítica,* Málaga, 1975, 225-243; Rabanal, «Don Miguel de Unamuno y el teatro griego», en *Arch. Leon.,* LVII-LVIII, 1975, 83-95. Demasiado tarde para su utilización en nuestro texto, como suele ocurrir, llega a nuestras manos, por gentileza de nuestro amigo su autor, el bellísimo discurso inaugural del curso 1977-1978 pronunciado en la Universidad de Salamanca por su catedrático don Lamberto de Echeverría, *De oratoria Universitaria Salmantina,* Salamanca, 1977, donde hallamos noticias interesantísimas sobre la pedagogía de Unamuno, especialmente en sus págs. 13 y 35-36. Vemos ahí que se nos habían escapado textos fundamentales como los de José Balcázar *(Memorias de un estudiante de Salamanca,* Madrid, 1935), Gabriel Espino («El magisterio de Unamuno», en *Cuad. Cát. Mig. Unam.,* XVI-XVII, 1967, 99-106: *Unos minutos más tarde... comenzaba D. Miguel su maravillosa lección, todavía sin entrar en el aula, mediante el diálogo, nunca mejor llamado socrático, con sus discípulos. En efecto, como el padre de la Filosofía griega, el maestro Unamuno gozaba del don preciadísimo de cautivar y avivar la mente de sus discípulos «obrando», como él dice, «sobre cada uno de ellos», que es la suprema pedagogía)* y nuestro compañero Juan Iglesias en la pág. 46 de su sugestiva novela *Don Magín, profesor y mártir* (Madrid, 1971).

[39] Díez del Corral, «El joven Ortega y la Filología clásica», en *Rev. Occ.,* XXII, 1968, 265-293.

[40] Díez del Corral, *El mundo clásico de José Ortega y Gasset,* en págs. 105-134 del libro colectivo c. en n. 18. No conocemos la tesis doctoral de Lucca, *Der antike Mensch bei Ortega y Gasset,* realizada en Hamburgo, 1961.

[41] Sra. Ruiz, «El talante clásico de Ortega», en *Rev. Univ. Compl.,* XXVI, 1977, 263-280.

entonces esperar beatos cantos a los griegos y a Sócrates en la incisiva prosa de este gran heterodoxo de las Humanidades que en cierto modo lucha por liberar a Europa de la pesada carga de lo clásico, quedándose sólo con el magro tuétano de lo esencial; que intenta escapar a las Sirenas antiguas con el mismo elegante escorzo de Odiseo; que desaconseja ante Grecia [42] la habitual actitud *extática, de adoración y de culto... con grandes gestos rituales y fervoroso desconyuntamiento: «¡Ah! ¡Oh! ¡Grecia! ¡El clasicismo!»*

Así en sus siete u ocho escritos sobre el mundo antiguo que Elisa enumera puntualmente. Así también, claro está, en su postura ante Sócrates. El filósofo se resiste a dejarse atrapar en los irónicos halagos de aquel sátiro seductor a quien conoce tan bien como para imitar magistralmente la traza del diálogo socrático en *Miseria y esplendor de la traducción* [43]; y ello no sin razón desde su punto de vista. Tres veces, que sepamos, utiliza Ortega el mismo adjetivo para el viejo maestro. En un artículo de 1906 [44] hallamos esta frase: *Sócrates es un poco de todos nosotros, que desde hace veinticinco siglos vamos naciendo con unos acordes socráticos dentro de la armonía equívoca de nuestro espíritu.* Y en *Sobre los estudios clásicos,* del 1907, leemos [45]: *El hombre nació en Grecia; y le ayudó a bien nacer, usando las artes de su madre la partera, el vagabundo y equívoco Sócrates.* Y en la *Ética de los Griegos,* del 1927, se nos vuelve a decir [46]: *No hay figura más grande en Grecia... Como para mí todo lo griego es sospechoso y equívoco —no por azar, sino constitutivamente—, no me extraña que este archigriego sea archiequívoco.* Por último, en escrito tan tardío como *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva,* aparecido en 1958, habla Ortega [47] de la obra conjunta de Platón como de una inmensa epopeya dedicada al *héroe de la charla,* el *Hércules del parloteo, Sócrates, del barrio de las Zorreras o Alopeke,* un verdadero *Aquiles de la verbipotencia.* ¿Irrespetuosas palabras? Quizá sí, pero también demostrativas, como en el caso de Nietzsche, de una interesante ambivalencia afectiva e intelectual. Tome, quien así no lo crea, *El tema de nuestro tiempo,* del 1923, y en él hallará un corto, pero enjundioso ensayo, *Las dos ironías o Sócrates y don Juan* [48].

Disyunción y antítesis de Europa y Oriente. La primera nace realmente cuando, *en las plazuelas de Atenas, Sócrates descubre la razón.* En este hecho se halla *la clave de la historia europea, sin la cual nuestro pasado y nuestro presente son un jeroglífico ininteligible.* Ahora bien, *el tema del tiempo de Sócrates* consiste en *el intento de desalojar la vida espontánea para suplantarla con la pura razón.* Lo cual engendra *una vida doble, en la cual lo que no somos espontáneamente —la razón pura— viene a sustituir a lo que verdaderamente somos —la espontaneidad—.* Una gran ironía, *porque irónico es todo acto en que suplantamos un movimiento primario con otro secundario y, en lugar de decir lo que pensamos, fingimos pensar lo que decimos.* Un gigantesco logro. Pero también un error. *La razón pura no puede suplantar a la vida.* Nosotros *hemos vuelto a descubrir la espontaneidad.* La cultura habrá de rendirse ante la vida, tendrá que comparecer, como profetizó Nietzsche, ante ese juez infalible que es Dioniso. Y aquí, en ágil pirueta, comparece, después de don Quijote, a quien veíamos de la mano de Unamuno, nada menos que don

[42] En pág. 534 de «Etica de los Griegos», en *Obras Completas,* III, Madrid, 1966[6], 533-543.
[43] En *O. C.,* V, 1970[7], 431-452.
[44] En págs. 59-60 de «Canto a los muertos, a los deberes y a los ideales», en *El Imparcial,* 14-IX-1906 (*O. C.,* I, 1966[7], 58-62).
[45] En *El Imparcial,* 28-X-1907 (*O. C.,* I, 63-67).
[46] En pág. 540.
[47] En pág. 218 de *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* (*O. C.,* VIII, Madrid, 1965[2], 59-356).
[48] En *O. C.,* III, 174-178.

Juan, todavía gallardo y calavera: faltan aún bastantes años para que Marañón le arranque muchas de sus brillantes plumas. Frente a la ironía de Sócrates, la *irrespetuosa de don Juan,* que *se revuelve contra la moral porque la moral se había antes sublevado contra la vida.* Y sólo se someterá cuando la razón pura ceda su imperio a la razón vital; cuando, superadas las viejas Sirenas, cada humano sea de verdad su yo y su circunstancia. Texto importante si los hay para entender a Ortega.

Aquí están otra vez Sócrates y Jesús. Con todas sus aparentes analogías, pero también con sus abismales diferencias. Es fácil ponerse a espigar unas u otras. *Franny and Zooey* de Salinger, por ejemplo, se fija en la divina actitud de silencio ante la petición de explicaciones de Pilato. Salomón o Sócrates no hubieran hecho lo mismo. Ya se habría ocupado Critón o algún otro de provocar una sabia réplica *for the record.* Pero más importante es lo que vio bien en 1926 un gran filólogo, poeta y creyente como Carles Riba, impresionado todavía por su trabajo en las dos primeras ediciones y traducciones de las muchísimas que a lo largo de su vida iba a entregar a la Fundación Bernat Metge, las de las *Memorables* y *Apología* de Jenofonte. Gracias a ellas, Riba entró en contacto fecundo con la figura de Sócrates, pero también pudo apreciar, con fino instinto estético, que las obras socráticas de Jenofonte quedan muy por debajo de las de Platón. A tal respecto resulta muy ilustrativo el brevísimo ensayo *Sòcrates davant dels jutges*[49], al que mi amigo y colega Carles Miralles [50] ha dedicado un sagaz comentario.

La mayor diferencia entre ambos discípulos de Sócrates consiste en que Jenofonte se limita a describir al maestro como un paradigma de virtud, mientras que Platón tiene el acierto insigne de ofrecérnoslo entregado a los Atenienses en el cumplimiento abnegado de una verdadera misión. Esto resulta ya de un pasaje muy conocido de la *Apología*[51], *obedeceré más al dios que a vosotros,* con el cual es ya tópico el comparar otro de los *Actos de los Apóstoles*[52] en que dicen Pedro y Juan: *Juzgad por vosotros mismos si es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él.* En uno u otro caso, el creyente se convierte en mártir, en testigo, porque, aun pudiendo sustraerse materialmente a la misión, hay algo espiritual que le impulsa a ser fiel a ella. El caso de Jesús, claro está, es diferente. Él no quiso salvarse, pero tampoco podía, porque, en el plano divino, era la Verdad misma, no su portavoz como Sócrates y los apóstoles. Miralles observa agudamente cómo este concepto testimonial de la vida llegó a impregnar de modo indeleble los futuros años de la existencia de Riba. En los que median entre el citado 1926 y la guerra civil, el poeta avanza cada vez más hacia aquel Dios a quien él mismo había situado en plano lejano e inaccesible, pero también aferra su misma existencia humana al obstinado cumplimiento de una misión espiritual. Y parece como si, al final de su mencionado artículo, Riba —estamos en los todavía pacíficos años del inicio de la dictadura de Primo de Rivera— intuyera futuras tempestades cuando presenta a Sócrates suspendido entre la ley y la justicia, la incomprensión y la misión, los valores aparentes y los valores reales y termina con una visión augural certera y un tanto acerba. Sócrates, ante una oligarquía, no se habría molestado en dar tantas explicaciones, sino se habría limitado a cumplir silenciosamente con su deber; pero su declaración ante los representantes de una democracia injusta presupone en él

[49] «Sòcrates davant dels jutges» *(Obres completes,* II, Barcelona, 1967, 328-330).
[50] Miralles, «Sòcrates i Jesús, fites en l'evolució de Riba», en *In memoriam Carles Riba (1959-1969),* Barcelona, 1973, 281-289.
[51] Plat. *Ap.,* 29 *d.*
[52] *Act.,* IV, 19.

una gran sabiduría, la de que hay por lo menos algo que estos regímenes poseen y que no les es dado a los tiranos: la capacidad de entender cuando venga indefectiblemente el arrepentimiento.

Recordemos, en efecto, otro pasaje famoso de la *Apología* [53]. Sócrates, todavía en tiempos de la democracia, era miembro del Consejo; su tribu estaba ejerciendo la pritanía; el pueblo, desmoralizado ante la evolución de la guerra, maquinaba un enorme error, la ejecución de los estrategos que no habían recogido a los muertos después de la batalla de las Arginusas; aquello era ilegal; y Sócrates fue el único de los prítanis que no cedió. Y luego llegaron los oligarcas; y el filósofo, como después de su condena, pudo haberse marchado de Atenas cuando hubiera querido, imitando a tantos demócratas; pero no se fue. Porque alguien tenía que quedarse. Porque alguien tenía que dar testimonio. Y le mandaron a detener a un inocente. Y él, tranquilamente, se marchó a casa sin cumplir la bárbara orden. Y no pasó nada.

Un disidente es siempre cosa molesta para los gobernantes; un disidente con personalidad resulta peligroso; un disidente con razón y prestigio es algo ya muy grave. Las recetas para su eliminación son siempre las mismas desde que el mundo es mundo. El asesinato provoca reacciones y crea un mártir más incómodo todavía que el disidente vivo; las amenazas no sirven de nada si no se cumplen; para convencer al disidente haría falta modificar los propios métodos, lo que no es grato ni a veces posible; para desacreditarle es preciso encontrar taras en su carácter, puntos débiles en su pasado, cosa impracticable ante un hombre íntegro; cabe finalmente comprometer al disidente, embarcarle en la andanza común para que se ensucie como todos. Pero siempre que él se deje. Y quizá lo más eficaz sea la expulsión, pues el disidente en el destierro pierde influencia e incluso fuerza moral. Pero siempre que él quiera marcharse. Y Sócrates no se desterró.

Riba sí marchó unos años a partir de 1939. Eran ciertamente tiempos terribles para los que pensaban como él. Conoció, como tantos de su generación, el dolor del exilio, pero tuvo la suerte de poder plasmarlo en las hermosísimas *Elegies de Bierville,* impresionante breviario de un alma nostálgica de sus paraísos perdidos, el de la Grecia de sus viajes y sus libros y el de la Barcelona de sus mejores días. El templo de Sunio [54] le inspira las más bellas palabras que un desterrado ha podido escribir jamás:

... per l'exiliat que entre arbredes fosques t'olbira
súbitament, oh precís, oh fantasmal! i coneix
per ta força la força que el salva als cops de fortuna,
ric del que ha donat, i en sa ruïna tan pur.

Riba se acoraza, como los mejores hombres de Europa, en los eternos griegos: Orfeo, que regresó sin la mitad de su alma, y Ulises, que se dejó en el viaje la juventud y los recuerdos de una bella travesía. Y ello le ayuda a retornar a él también; y, cuando llega a la conclusión de que su destierro no es ya más que empecinamiento estéril, vuelve a Barcelona, socráticamente, a dar el testimonio final en un exilio interior perfumado por la comunión íntima con la divinidad. Son los años, por ejemplo [55], de los sonetos del *Salvatge cor:*

Però el nostre sembrat, Déu meu!
Tu hi has posat llauró i llavor,
pluja i sol brau y dolça neu.

---

[53] Plat. *Ap.,* 32 *b-d.*
[54] Vs. 11-14 de la II de las *Elegies de Bierville (O. C.,* I, 1965, 211-242).
[55] Vs. 9-11 del soneto XVII de *Salvatge cor (ibíd.,* 243-277).

La tribulación ha florecido en gozosa cosecha. Y es redondo y coherente final de una vida el que en su tumba del cementerio de Sarriá pueda leerse hoy en griego una frase clave[56] de la epístola primera de san Pablo a los Corintios: *El amor nunca cae*[57].

Ahora saltémonos hacia atrás la terrible barrera de las dos guerras y enfrentémonos, ¡oh, muy superficialmente!, con un alma selecta a la que un delicado espíritu afín, el del ya citado Luis Díez del Corral[58], ha dedicado inteligentes páginas. Paul Valéry, nacido en 1871, muerto en 1945, recién concluida la humillante pesadilla de su patria. Un hombre esencialmente griego, por mediterráneo y por abierto a los valores de la Hélade eterna; un hombre eesncialmente apolíneo. Un poeta-arquitecto, a veces demasiado frío, siempre absoluamente impecable en forma y fondo. Admirador de todo lo que signifique razón, geometría, arquitectura. Amador[59] de Orfeo —*et soi-même il s'assemble et s'ordonne dans l'or / à l'âme immense du grand hymne sur la lyre!*—, pero más aún[60] de Anfión, el músico constructor de Tebas: *sur ces chemins sacrés les âmes te suivront / et l'inerte matière et les brutes charmées / seront captives de la lyre!* Y, entre todos los genios del Renacimiento, el ingeniero y arquitecto Leonardo de Vinci, sobre cuyo método[61] escribe una introducción que es un himno a la *rigueur obstinée,* a los *idéaux précis,* a ese *maître de l'équilibre* que es Leonardo. Y, entre los filósofos, claro está, a Descartes, conquistador de un *empire géométrique sans limite*[62].

Releamos ahora el *Gorgias,* en que el probablemente imaginario Calicles, fuente innegable de todo el concepto nietzscheano del superhombre que tantos sufrimientos ha costado a los de nuestra edad, dialoga con Sócrates. El sofista[63] recuerda la tragedia *Antíope* de Eurípides, donde los dos hermanos, Anfión y Zeto, músico el primero y pastor el segundo, discuten sobre los respectivos méritos de la existencia contemplativa y activa. Calicles, por supuesto, está de parte de Zeto. Hace mal Sócrates en perder el tiempo con argumentos y distingos filosóficos: algún día —omi-

---

[56] *I Cor.,* XIII, 8.

[57] Cfr., entre otras cosas, Llompart, «La obra poética de Carles Riba», en *Pap. Son Arm.,* IV, 1957, 81-96; Valentí, «Carles Riba», en *Est. Cl.,* V, 1959-1960, 222-225; Pericay, «Riba y Esquilo», *ibíd.,* 425; Tovar, «En la muerte de Carles Riba», en o. c. (en n. 2), págs. 351-360; Petit, «Carles Riba, profesor universitario», en *Pap. Son Arm.,* XXIII, 1961, 185-190; Valentí, «Carles Riba i la seva traducció de "l'Odissea"», en *Est. Rom.,* IX, 1961, 127-137; «Carles Riba, humanista», en *Pap. Son Arm.,* XXIII, 1961, 191-205; *L'adaptació catalana de l'hexàmetre en Maragall i en les traduccions de l'«Odis ea» de Carles Riba,* Barcelona, 1962; Alsina, «Carles Riba y su visión de Sófocles», en *La Vanguardia Española,* 28-II-1963, y *Descubrimiento del Mediterráneo. Ensayos sobre la cultura europea,* Barcelona, 1971, 165-168; «Carles Riba ante el mundo helénico», en *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1964, 467-474; Miralles, «Carles Riba: la idea de Grecia en las "Elegies de Bierville"», en *Insula,* núm. 232, marzo 1966; Castellanos, «Carles Riba y sus dos traducciones de la "Odisea"», en *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos,* II, Madrid, 1968, 18-24; Boyé, «Les "Elegies de Bierville" i el mite d'Orfeu», en el libro colectivo c. en n. 50, 95-101; Cirici, «Riba i el temple de Sùnion, *ibíd.,* 115-127; Manent, «La correspondència entre Carles Riba i Carles Cardó arran de les "Elegies de Bierville"», *ibíd.,* 241-250; Olivar, «Carles Riba a la Fundació Bernat Metge: esbós d'uns quants records, *ibíd.,* 295-299; Piqué, «"Elegies de Bierville": de la metàfora al mite», *ibíd.,* 309-324; y en general todo el contenido de esta obra.

[58] Díez del Corral, *ob. cit.* (en n. 14), 115-132.

[59] Vs. 13-14 de «Orphée, en Poésies», París, 1931[12], 13-14.

[60] En pág. 106 de «Histoire d'Amphion», melodrama representado, con música de Honegger, el 23-VI-1931 *(Variété,* III, París, 1936[15], 85-117).

[61] «Introduction à la méthode de Léonard de Vinci» *(Variété,* París, 1953[110], 177-276).

[62] Descartes *(Variété,* IV, París, 1950[45], 207-233).

[63] Plat. *Gorg.,* 485 *e* - 486 *d.*

nosa profecía *post eventum*— lamentará el no haberse dedicado a las cosas prácticas de la vida, cuando se encuentre dialécticamente inerme ante un tribunal en que se pida para él la pena de muerte. Pero los lectores del *Gorgias,* escrito unos trece años después del asesinato legal del filósofo, sabían muy bien que éste, aun derrotado en el proceso, triunfó; y que la música de Anfión fue la que construyó materialmente las murallas de Tebas. *J'attaquerai le désordre des roches! / Mes actes purs / vont asservir à l'oeuvre sans exemple / les ruines des monts, les monstres écroulés / tombés des flancs sublimes!,* cantará el exaltado protagonista [64] del melodrama del Valéry. Y así no es extraño que, cuando éste decide escribir diálogos, no sólo piense en Sócrates como interlocutor principal —así en *L'âme et la danse* [65] o en *Socrate et son médecin* [66]—, sino que el más conocido de ellos, publicado en 1931, lo titule *Eupalinos ou l'architecte* [67]. Y en el breve prólogo nos dice varias cosas muy curiosas: que el diálogo, destinado para un gran álbum, tuvo que ser forzosamente calculado, por razones de formato material, para 120.000 letras o signos, lo que sin duda —y habla mi experiencia propia, por ejemplo, en materia de versiones rítmicas— debió de proporcionar al autor muchas horas de gran gozo íntimo; que, cuando escribió su obra, apenas sabía nada del arquitecto Eupalino, cuyo nombre había hallado abriendo al azar una enciclopedia; y que luego recibió noticias concretas, lo poco que se sabe, del helenista belga Bidez. Frente a esta figura un poco fantasmal, Sócrates constructor, algo demiurgo él también, más valéryano que socrático, ensalza, como la más completa de las actividades, la de construir, que exige amor, meditación, obediencia a los nobles pensamientos, invención de leyes y, sobre todo, el don tan francés, tan cartesiano, de convertir el caos en orden [68].

Entre tanto ha comenzado y terminado la guerra civil española y el mundo se encuentra ante una tremenda contienda cósmica. Nuevo salto hacia adelante: estamos en 1940. C. P. Snow, novelista y hombre de ciencia, político y profesor de Cambridge, ha publicado a los treinta y cinco años el primer volumen, *Strangers and Brothers* [69], de una larga saga que se prolongará con gran éxito casi hasta el día de hoy. Y precisamente este tomo inicial nos interesa aquí de modo muy singular. En 1966 dediqué al tema una brevísima nota [70] de *Estudios Clásicos:* perdóneseme que vuelva a él.

Es la historia de un curioso personaje, George Passant, modesto empleado de unos «solicitors» que considera como actividad fundamental de su existencia la de dar forma a un grupo de muchachos y muchachas jóvenes sobre los que ejerce una especie de magisterio espiritual concebido *para ayudar a la gente a que obtenga libertad en sus vidas.* Pero el drama está ahí, en que el noble empeño fracasa ante el extraño clima sentimental creado en el grupo, donde empiezan a florecer toda clase de relaciones eróticas, e incluso ante una serie de circunstancias más o menos fortuitas que acaban por arrojar ciertas dudas sobre la integridad financiera del «maestro» y algunos de sus discípulos. Sin embargo, Passant sigue siendo hasta el

---

[64] Pág. 112.
[65] Págs. 129-179 de *Eupalinos. L'âme et la danse. Dialogue de l'arbre,* París, 1951[32].
[66] Págs. 366-372 de *Oeuvres,* I, París, 1957.
[67] En págs. 9-127.
[68] Nos ha sido muy útil Bémol, *Paul Valéry,* París, 1949.
[69] *Strangers and Brothers,* reimpr. Penguin, Harmondsworth, 1965.
[70] Fernández-Galiano, «Una escena platónica en C. P. Snow», en *Est. Cl.,* X, 1966, 191-192.

fin una sugestiva figura; pero lo que ocurre es que *es malo que se ponga a construir mundos mejores quien no sepa cómo son los seres humanos y cómo es uno mismo. Esa persona lo probable es que edifique un mundo no mejor, sino peor...* El acusado en este proceso resulta así más caricatura que trasunto de Sócrates, aunque las acusaciones, ateísmo y corrupción de la juventud, vengan a ser las mismas.

A lo largo de la novela, el paralelo de Sócrates se insinúa en repetidas ocasiones, pero nunca tanto como en la escena en que Lewis Eliot, el narrador, visita al acusado, dando por perdido el juicio entablado contra él, y le hace una propuesta algunos de cuyos términos, así como la respuesta final de Passant, admiten bastante bien [71] tabulación paralela con los lugares correspondientes [72] del *Critón*. Júzguelo quien recuerde el diálogo inmortal.

> *—Tenemos unos meses. Y las consecuencias...*
> *—¿Vale la pena correr el riesgo?*
> *—¿Qué quieres decir?*
> *—Escápate y no te preocupes por la fianza. Ya he hablado a los otros que la depositaron. Todos están de acuerdo.*
> *—¿Y qué voy a hacer?*
> *—Podrías estar en América del Sur dentro de quince días. En este tipo de procesos nadie te molestaría allí.*
> *—Pero no veo cómo iba a vivir.*
> *—Podemos darte algo. No será mucho, bien lo sabe Dios, pero te ayudaría en una tierra en que la vida está barata. Y con el tiempo ganarías algo de dinero.*
> *—Sería difícil.*
> *—No imposible. Podrías revalidar tu título si no hay otro medio.*
> *—No tendría garantías de nada.*
> *—Pero piensa en la alternativa.*
> *—No. Me temo que es completamente impracticable. Aprecio la oferta, desde luego, pero es ridículo considerarla... Tendría que vivir en la miseria toda mi vida; no es agradable condenarse a uno mismo a triste exilio... Lo siento... Me quedaré aquí y que me juzguen.*

Así se redime socráticamente George Passant.

Puede ser muy instructivo, sobre todo para los jóvenes que sólo de oídas y remotamente conozcan las pasiones que cruzaron por el mundo en los inicios de los años cuarenta, leer, a lo largo de las cartas de John Steinbeck [73], las vicisitudes de una de sus obras, no la mejor ni con mucho, pero que aquí encaja particularmente, *The Moon is Down* [74]. A fines de septiembre de 1941, en el momento culminante del dominio alemán en Europa, el autor empieza a escribirla en forma de drama [75]; el 17 de noviembre [76] no está contento, porque el final va saliendo demasiado pesimista. El 25 explica muy bien [77] lo que va a haber en ella. *Es una pequeña ciudad invadida. No tiene generalidades, ni ideales, ni discursos, se trata sólo de la manera en que sentiría la gente de una pequeña ciudad si fuera invadida. No es ningún*

---

[71] Págs. 236-237.
[72] Plat. *Cr.*, 44 *b* - 45 *c*, 53 *e* y 54 *e*.
[73] E. Steinbeck y Wallsten, *Steinbeck: A Life in Letters*, ed. Penguin, Harmondsworth, 1976.
[74] *The Moon is Down*, reimpr. Pan Books, Londres, 1970.
[75] Pág. 233.
[76] Pág. 235.
[77] Pág. 237.

país en particular ni hay dialectalismos y también se habla de cómo sienten los invasores. Es una de las primeras cosas sensatas que se han escrito sobre esto y no sé si vale algo o no. Perfectamente típico de Steinbeck. Sencillez frente a retórica. Sentimiento auténtico frente a patriotería. El 8 de diciembre, Pearl Harbour ha sido bombardeado [78] y la obra ya tiene título. El 12 de enero de 1942 se anuncia la novela [79] para febrero o marzo. El éxito, en forma de ventas previas y contratos, es delirante. El drama se está ensayando en Nueva York. El 8 de abril [80] se estrena en medio de una expectación inmensa. El 10 están en la calle las críticas de los periódicos [81]. Todas uniformemente malas. *Realmente* —dice el autor— *no saben lo que les ha molestado en la obra, pero yo sí. Era aburrida.* Steinbeck detecta los inicios de una controversia sobre si se debería o no odiar ciegamente. El público, aborrecedor de Alemania desde que han aparecido las peludas orejas del lobo japonés, encuentra tibio y demasiado intelectual al autor. Pero a fines de mes [82] las cosas han cambiado. El teatro está lleno a pesar de los críticos. Ellos pontifican —continúa Steinbeck— *sobre lo que hay que decir a la gente, sobre lo que es bueno que la gente sepa. Pero la gente está quedando mejor que ellos. Están aguantando bien la guerra y trabajando endemoniadamente para terminar con ella. No parece que necesiten odio.*

La obra y la novela gustaron mucho en Europa una vez liberada. El Gobierno noruego dio al autor una condecoración [83] y mucho más tarde supo él que en la Italia de la resistencia todo el mundo buscaba ejemplares multicopiados [84]. Pero esto es lo de menos. Lo importante es que Steinbeck afronta el problema —la dureza de la ocupación en un país cualquiera, aunque los nombres británicos de los protagonistas harían pensar en una de las islas Jersey— a la manera socrática, sin patetismos ni histerismos, bajo el solo prisma luminoso de la razón.

A las 10,45 todo ha acabado. La ciudad está ocupada, los defensores derrotados y la guerra terminada. La banda del invasor toca música hermosa y sentimental en la plaza Mayor, mientras los ciudadanos, las bocas un poco abiertas, los ojos llenos de asombro, miran los cascos de acero gris y las metralletas en las manos de los ocupantes. El doctor Winter, médico e historiador de la pequeña comunidad, es un hombre tan sencillo, que solamente alguien realmente muy profundo podría apreciar su verdadera profundidad. El alcalde Orden no es persona de grandes alcances; inseguro de sí mismo, no está a la altura de las terribles circunstancias; al principio duda e intenta mantenerse en relaciones relativamente buenas con los recién llegados. Es inútil. La situación se hace tensa. Sabotajes, evasiones, dinamita, rehenes. Lo de siempre. Y, como siempre, el alcalde, y probablemente el médico, morirán si no logran apaciguar al pueblo. Habla [85] el primero.

—*Tengo miedo, un miedo terrible, y he pensado en salvar la vida, pero eso ya pasó, y ahora a veces me siento como si fuera mayor y mejor de lo que soy, y ¿sabes en qué he estado pensando, doctor? ¿Te acuerdas en la escuela, con la «Apología» de Platón? ¿Recuerdas lo que dice* [86] *Sócrates? «Y quizá preguntaría alguien: '¿Pero no te da vergüenza, Sócrates, haberte comportado de un modo tal que ahora te pone en peligro de muerte?' Y yo le contestaría con razón: 'No piensas*

[78] Pág. 238.
[79] Pág. 239.
[80] Pág. 243.
[81] Pág. 244.
[82] Pág. 245.
[83] Págs. 767-768.
[84] Pág. 590.
[85] Págs. 134-138.
[86] Plat. *Ap.*, 28 *b*.

bien, amigo, si crees que un hombre digno de tal nombre debe calcular las oportunidades de vivir o morir y no considerar únicamente, cuando obra, si está obrando bien o no y si lo que hace es digno de una persona buena o mala'».

—*No, no creo que sea exactamente así* —contesta el médico—. *Tú estuviste siempre flojo en griego. ¿Te acuerdas de la denuncia de los jueces, el día del examen, hace ahora cuarenta y seis años, cuando el tribunal se reía porque tú, preocupado, no te fijabas en que llevabas fuera todo el faldón de la camisa?*

Entre tanto, el coronel invasor ha entrado en silencio y escucha.

—*Sí, sí, ¿cómo era, cómo era? ¡Ah, ya! «Y ahora, hombres que me habéis condenado, voy a haceros una profecía, porque estoy ya en un momento en que suelen profetizar las personas, cuando van a morir. Yo os digo, hombres que me matáis...»*

—*No, no, «que me habéis matado», es un perfecto. Te equivocaste lo mismo hace cuarenta y seis años.*

—*Pues yo creo que es «matáis». ¿Verdad que es «matáis», coronel?*

—*No, es exactamente «habéis matado», «hombres que me habéis matado».*

—*Ya ves, somos dos contra uno. Es el mismo error de entonces.*

—*Bueno, pues «yo os digo, hombres que me habéis matado, que inmediatamente después de mi muerte os vendrá un castigo mucho más cruel, por Zeus, que el mío; pues ahora hacéis esto porque creéis que con ello os vais a librar de dar cuenta de vuestras vidas, pero os ocurrirá todo lo contrario, os lo aseguro yo. Habrá más gentes que os acusen, gentes a las que yo contenía, aunque vosotros no lo notarais. Y serán más duros, porque son más jóvenes, y a vosotros os ofenderán más. Y si creéis que matando hombres vais a evitar que os echen en cara que no vivís bien, os equivocáis...» Y ya no me acuerdo más; se me ha ido por completo...* [87]

—*No importa: lo esencial está dicho. Suenan explosiones en la calle. El coronel que estudió en Göttingen va a matar al alcalde que estudió en Eton. Europa va a matar a Europa. Y Sócrates morirá una vez más.*

Noruega era tan pobre, en el momento de la concesión a Steinbeck de la Cruz de Haakon VII, que el novelista tuvo que pagarse las insignias de su bolsillo. En España por entonces no andábamos mejor. En 1947 [88] aparece la *Vida de Sócrates* de Antonio Tovar, probablemente la mejor de sus obras y la que más éxito ha tenido. Un libro lleno de austera contención. Cuando se nos dice en el prólogo que el autor *lleva muchas angustias contemporáneas a cuestas* [89] o que ha vivido, como tantos españoles, un drama de quince años llenos de *oscuras antinomias personales* [90], parecería que el Sócrates que de aquí resultara iba a ser «actual», de izquierdas o de derechas, totalitario o liberal. Pero no es así. Ni podía serlo. Tovar no cree demasiado en la idea spengleriana de los ciclos y, por otra parte, *el mundo moderno, con su gigantesco horror,* es una *cosa difícilmente asimilable a ningún siglo pasado.* Y así se nos dice [91] que esta biografía aspira a ser como *una guía para navegar por el abismo* —¡y qué abismo!— pero para añadir en seguida que *no se sueña siquiera con describir las rocas del fondo* —¡y qué rocas!—. Ahora bien, *el que quiera vivir feliz encontrará aquí la calma para muchas inquietudes y un manantial de consuelo*

[87] Plat. *Ap.,* 39 *c - d.* He traducido muy aproximadamente. Por ejemplo, el error no es ése en Steinbeck: el alcalde dice *after my death,* lo que Winter y el coronel corrigen en *after my departure;* sin embargo, en el texto griego se lee claramente *thánaton.*

[88] Tovar, *ob. cit.,* en n. 37, a la cual pueden añadirse «Sócrates sobre los Andes» y «Sócrates y el Cristianismo», en págs. 75-109 y 111-115, respectivamente, de su o. c. en n. 2.

[89] Pág. 10.

[90] Pág. 22.

[91] Pág. 16.

para no salirse de una resignación prudente y útil[92]; y verá en Sócrates por una parte, quizás anecdóticamente, el hombre que *prefirió la hoguera a la excomunión, la muerte dentro de la ortodoxia y de la piedad hacia su ciudad al alejamiento orgulloso, frío, individualista y sin lazos con el suelo*[93]; pero también, por otra, *una calma de voluntad en medio de una tormenta deshecha, un punto seguro en un océano de dudas que se disfrazan de dogmatismos, un equilibrio humano cuando en las conductas iba imperando el absurdo, una vieja libertad cuando todos se entregaban sin reserva al espíritu de sistema*[94]. Lo cual no es poco, en 1947 como treinta y tres años después.

Hay otras cosas que probablemente los jóvenes de hoy estén olvidando. Por ejemplo, que en los años cincuenta a cincuenta y seis hubo en España un pequeño y esforzado grupo que, en torno a Joaquín Ruiz-Giménez como Ministro de Educación Nacional, intentó, cauta pero tenazmente, introducir aires un poco menos cerrados en el sofocante ambiente intelectual y político de nuestra postguerra. No hace falta aquí una profusión de detalles, pues todavía somos muchos los que vivimos para contarlo. Yo personalmente —perdóneseme la diminuta anécdota— tuve ocasión de aportar alguna minucia, como muy joven secretario de la Facultad de Filosofía y Letras a las órdenes del gran decano Sánchez Cantón, y recuerdo caras y hechos de aquellos tiempos ilusionados: el querido y humanísimo Joaquín Pérez Villanueva, el propio Tovar, tantos otros. Y Pedro Laín Entralgo.

De él me acordaba a la hora de redactar estas mal pergeñadas páginas, y estaba casi seguro de haberle oído hablar alguna vez públicamente de Sócrates. En efecto, su libro *Ocio y trabajo,* recopilación de diversos escritos publicado en 1960, nos da el texto de *La vocación docente*[95], conferencia dada por nuestro gran enseñante a fines del año anterior. Era difícil, desde luego, no tomar a Sócrates como guía y modelo en un tema de este tipo; pero Laín lo hace con particular acierto a la luz del famoso texto del *Teeteto*[96]. El educador partero, pero no estéril, como dice irónicamente Sócrates; el educador engendrador de lo bello según la Diotima del *Banquete*[97]; el educador que, con un sentido caritativo o social de la enseñanza, no rechaza a ningún alumno como el viejo filósofo, que, si tomamos en serio sus palabras probablemente irónicas, solía traspasar a los sofistas, aconsejado por su demonio, al discípulo de menor calidad; el educador que enseña pindáricamente, quijotescamente a ser quien se es y a vivir como quien se es. Esto implica desde luego una convivencia en la verdad; una comunión en la verdad; y una biografía impregnada de verdad y sinceridad. Así la de Pedro Laín. Otro recuerdo personal. Cuando terminó zafia, tristemente el intento liberalizador de aquel grupo, por aquellos días y aquellas noches en que hubo quien no dormía en casa, creí justo, grato, obligado visitar a Pedro en la suya de la antigua calle de Lista. Hablamos llana, un poco melancólicamente de lo ocurrido; y, entre los dos, y establecidos por su parte todos los *mutatis mutandis* que se quiera, llegamos a una notable conclusión que ahora viene al caso. Acusaban entonces ciertas gentecillas a Laín, fundamentalmente, de dos cosas: de no creer, al menos de manera totalmente ortodoxa, en los dioses en que la ciudad cree y de corromper a la juventud. ¿Qué les recuerda esto?

---

[92] Pág. 18.
[93] Pág. 20.
[94] Pág. 420.
[95] En págs. 303-325 de Laín Entralgo, *Ocio y trabajo,* Madrid, 1960, 303-325.
[96] Plat. *Teet.,* 149 *a* - 151 *d.*
[97] Plat. *Banq.,* 206 *b.*

Y así podría seguir indefinidamente. Toda nuestra cultura está llena de Sócrates. Cae en mis manos una de las obras menos conocidas del flamante premio Nobel, Isac Bashevis Singer, titulada *Enemies: A Love Story*[98]. El protagonista, Herman, crucificado en sus terribles problemas y materialmente perdido en la atroz Nueva York, abre al azar, dándonos una clara pista del que será su destino final, una traducción del *Fedón* por aquel pasaje inmortal (64 *a)* en que la Filosofía se enfoca como una mera preparación del bien morir. Y, a continuación, sus ojos se prenden en otro lugar, esta vez de la *Apología* (30 *c): Porque no creo que ninguna persona mejor pueda ser dañada por otra peor.* Pero este hombre milagrosamente escapado a los campos de concentración no tiene la sublime seguridad del maestro y se pregunta: *¿Es esto realmente así? ¿Es antinatural que los nazis hayan asesinado a millares de judíos?*

Tengo, sin embargo, que terminar: crucen, les ruego, conmigo el charco. Vamos a visitar a un monstruo sagrado, el hoy ciego y siempre genial e impertinente Jorge Luis Borges. Hace poco hemos podido leer, en una entrevista con Anthony Burgess[99] realizada durante su reciente visita a España, que los cuatro grandes escritores de nuestro siglo son Joyce, Nabokov, Carlo Emilio Gadda y Borges; y ésta es una opinión que, en líneas generales, comparten ahora muchos. En todo caso, la maestría estilística, el rebuscado ingenio, la rara cultura, la entrañable veta gaucha de Borges son innegables; y también —sé que en esto van a discrepar algunos de ustedes— podríamos rastrear, puestos a ello, rasgos socráticos en su vida, ya que no en su obra: su extravagante pergeño, sus excentricidades, su resistencia política frente a Perón, incluso su actual elegancia espiritual que le veda hacer el gesto fácil, las declaraciones banales que le abrirían de par en par las puertas del premio Nobel. Yo también tenía idea de haber leído algo suyo sobre Sócrates. Busqué en las más de mil páginas del grueso volumen que recoge todo lo anterior a 1974. Decepción; cosecha mísera. Un solo verso[100] en *Otro poema de los dones: gracias quiero dar al divino / laberinto de los efectos y de las causas / por la diversidad de las criaturas / que forman este singular universo* y luego *por el álgebra* y *por Schopenhauer* y qué sé yo y *por el último día de Sócrates.* Pero no me quedé contento. Había algo —¿una noticia? ¿una intuición?— que seguía inquietándome. Y una noche de septiembre de 1978 bajé a deshora, sin saber bien por qué, a una de esas librerías de la calle Corrientes que están abiertas las veinticuatro horas en medio de la divina alegría —a pesar de la inflación, a pesar de todo— en que sobrevive o sobrenada el fabuloso pueblo de Buenos Aires. —*¿Tenés algo nuevo de Borges, posterior a sus «Obras completas»?* —*¿Cómo no, profesor? «Historia de la noche»*, «*La moneda de hierro*». En esta última[101], por fin, los dos presentidos o soñados pasajes socráticos. Uno de ellos[102] vuelve al binomio ya varias veces citado, hecho trinomio con la adición del mártir hindú, en el corto poema *No eres los otros.*

---

[98] Reim. Penguin, Harmondsworth, 1979, 170-171.
[99] Ortiz, «Entrevista con Anthony Burgess», en *El País,* 22-X-1978.
[100] En págs. 936-937 de *Obras Completas,* Buenos Aires, 1974.
[101] *La moneda de hierro,* Buenos Aires, 1976.
[102] Pág. 147.

No eres los otros y te ves ahora
centro del laberinto que tramaron
tus pasos. No te salva la agonía
de Jesús o de Sócrates ni el fuerte
Siddhartha de oro que aceptó la muerte
en un jardín, al declinar el día.

Pero el segundo, al final de la *Elegía del recuerdo imposible* [103], me gusta más.

Qué no daría yo por la memoria
de haber sido auditor de aquel Sócrates
que, en la tarde de la cicuta,
examinó serenamente el problema
de la inmortalidad,
alternando los mitos y las razones,
mientras la muerte azul iba subiendo
desde los pies ya fríos.

Vamos ahora al *Fedón* [104]. *Él, en tanto, paseaba y, cuando dijo que le empezaban a pesar las piernas, se tendió hacia arriba como le había aconsejado el hombre. Y éste, de tiempo en tiempo, le tocaba para examinarle los pies y las piernas. Después le apretó fuertemente el pie y le preguntó si lo sentía; y Sócrates dijo que no. Al poco rato, hizo lo mismo con la pantorrilla, y así fue subiendo y mostrándonos que se iba quedando frío y tieso.* Pero es otra cosa, otro pequeño lance de mi poco interesante vida, lo que me recuerda esa *muerte azul* de Borges. Leamos no el final, sino el principio del diálogo. A Sócrates le acaban los compasivos carceleros de quitar los grilletes para que esté un rato a gusto con sus amigos. Y lo primero que hace es frotarse los tobillos doloridos, comentando con ellos la extraordinaria proximidad en que se encuentran el dolor que hace un momento le causaban los hierros y el placer que siente al haberse liberado. Pues bien, un día de 1959 ó 1960 se me presentó en mi Seminario una de las personas más generosas y humanas que he conocido, José Camón Aznar, decano ya entonces. Llevaba debajo del brazo —¡qué tiempos y qué Universidades!— un cuadrito que había encontrado en un baratillo y comprado para que yo lo colgara en mi despacho: allí está todavía, en el que es hoy de Ruipérez. Una escena histórica bastante mala; el pintor, conmovedoramente realista, ha pintado a Sócrates en su celda con todos sus pormenores: los vestidos de época, el camastro, creo que la ventana con rejas... Y, desde luego, la señal, en ambos tobillos, de los grilletes que le acaban de quitar. Una señal azul. *La muerte azul.*

La tarde de la cicuta. Finalicemos ya el largo paseo. Hemos desordenado probablemente la cronología, al menos en cuanto al año de publicación. El impagable *Homenaje* de Jorge Guillén es de 1967 [105], y las poesías que contiene se dice allí que corresponden a los años 1949 a 1966. Entre ellas [106] figura *Al margen de Platón,* que se compone de una *Muerte del filósofo* en contraposición con la *Muerte del arraigado.* De esta última tal vez trate en otra ocasión: ahora veamos la primera, a cuyo margen se anota «*Fedón*». Es, en efecto, un hermosísimo tratamiento poético, otra vez, de la última escena.

---

[103] Pág. 14.
[104] Plat. *Fed.,* 117 *e* - 118 *a.*
[105] *Homenaje,* Milán, 1967.
[106] Pág. 21.

Se fue por entre llantos la familia.
El maestro quedó con su discípulos.
Son las horas finales de un viviente
que discurre, conversa. Calma firme:
entre todos se busca la verdad.
Ningún temor aflige al condenado.
El alma es inmortal, y sin el cuerpo
puede inquirir las últimas verdades.
Las sabrá —con los dioses— el filósofo.
Muerte es liberación. Ya la cicuta.

Ya la cicuta. Pero resulta, don Jorge Luis, don Jorge a secas, que, según leo en serios autores [107], no consta por ninguna parte que lo que Sócrates tomó fuera realmente la cicuta, *Cicuta virosa L.,* una umbelífera, de hojas tripinnatisectas, segmentos lanceolados, involucrillo con foliolas lineales-alesnadas cuyas flores amarillas pululan por nuestros campos en junio y julio. ¡Estos filólogos, siempre tan pedantes! No importa. *Ya la cicuta.* Y Dios nos libre de ella.

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO
Universidad Autónoma

[107] Por ejemplo, Hackforth, *ob. cit.,* 124.